

Habla un Reformista

Con verdadera satisfacción reproducimos las francas y sinceras declaraciones de un auténtico y confeso Reformista, aparecidas en *El Meridiano de Córdoba* —18-6-1957—. He aquí sus palabras:

En el espacioso y cómodo edificio del ex colegio San José funciona el Instituto Universitario Pro Universidad Católica de Córdoba. Aunque lo visitamos en función periodística, no podemos despojarnos de nuestra pasada militancia en el movimiento reformista y, menos aún, de nuestra actual posición adversa a la enseñanza libre. Es por eso que nuestra mirada lleva de antemano una prevención crítica global, dispuesta a concretarse en el más mínimo detalle.

Recorremos las aulas. Los mayores grupos de alumnos no pasan de 15 ó 20. En muchos casos, el profesor conversa con tres o cuatro alumnos. En la clase de Filosofía (1er. año de Facultad) los alumnos realizan trabajos de investigación con total independencia y más que vigilados o supervisados por el titular, acompañados por él. En la Facultad de Medicina (un aula) cuatro alumnos trabajan en la disección de un cadáver, lujo desconocido en las facultades oficiales, donde la cantidad de inscriptos hace imposible una proporción así. Lo mismo sucede con los microscopios y con todo el material de enseñanza. Algunos alumnos pasean por los pasillos, hombres y mujeres en franca camaradería y entre algunos de los cuales —lo hace notar intencionadamente nuestro reverendo acompañante —apunta algún romance. Una sala de entretenimientos, donde no falta un combinado y discos de rock and roll (no está prohibido allí), sirve de centro de reunión y esparcimiento para alternar con las horas de estudio.

La descripción es panorámica y pretende tan sólo formar una idea de lo que allí ocurre. Lo que no escapa a ninguna mirada, ni aún sujeta a prejuicios como la nuestra, son algunas presencias fundamentales: espíritu universitario en alumnos y profesores, amor a lo que se está haciendo y gran fe en ello, fervor en la obra, común a docentes y alumnos. Y todo esto nos obliga, a fuer de honestos con nosotros mismos, a replantear un problema que frente a este hecho concreto que es la Universidad Católica de Córdoba, no puede evidentemente, ser resuelto ni tampoco combatido con la simplicidad del slogan, sino que exige un razonamiento lúcido, imparcial, objetivo y exhaustivo, y libre totalmente de preconcepciones que encuentran mayor asidero en lo sentimental que en la razón misma.

Cuando en la todavía cercana campaña pública pro enseñanza libre mantuvimos una posición claramente adversa, advertimos la artificialidad del problema que se estaba creando y que amenazaba con provocar por primera vez en la historia argentina divisiones de tipo religioso. La conmoción lograda contó por ambas partes la misma intransigencia fruto de la misma ceguera. Por lo demás, a puñetazos y pedradas se hace difícil discutir sobre cultura, ya que el método elegido comienza por una negación de la misma.

En ese entonces, nosotros, sostuvimos públicamente, en debates libres que propiciamos a través de una cadena de emisoras, que el problema merecía y exigía una solución, pero que ella debía alcanzarse en un clima de normalidad institucional que garantizara la serenidad espiritual necesaria para discutirlo sin presiones de ninguna especie y con la participación de la totali-

dad del pueblo argentino a través de sus legítimos representantes.

Los enfoques apasionados y muchas veces malintencionados de ambos sectores en pugna, subalternizaron el debate restándole la altura de que había menester. Existía en los partidarios de la enseñanza libre una urgencia sospechosa por aprovechar las circunstancias anormales por las que atraviesa el país y, como contraparte, los defensores del laicismo no dejaron de lado la oportunidad de atacar a la Iglesia Católica con el criterio estrecho que puso en boga nuestro izquierdismo europeizante. Las razones cedieron paso a los epítetos y los cucos de derecha e izquierda ocuparon el primer plano con una proyección inusitada, sepultando en el trasfondo el verdadero problema en el que, tanto tirios y troyanos pueden repartirse cuotas equivalentes de culpabilidad: la crisis cultural que vive nuestro país.

Superada esa etapa desagradable y poco edificante, aquietados los ánimos, he aquí que los partidarios de la enseñanza libre y concretamente católicos, tienen algo para mostrar, para argüir en su favor, para defender y como aporte a la cultura del país. ¿Qué tienen en cambio los laicos? ¿En la Universidad, qué pueden exhibir los reformistas? ¿Acaso decanos que se toman, académicamente, a golpes de puño? ¿Acaso cátedras como pago a favores y actuaciones revolucionarias? ¿Acaso estudiantes que se niegan a estudiar y que quieren títulos prácticamente regalados. Es triste, es duro reconocerlo, pero con negarnos las evidencias sólo aceleraremos la descomposición de la Universidad por la que luchó la Reforma. Releyendo aquél manifiesto jiminar que tuvo resonancias y efectos continentales, nos preguntamos hoy, a cuarenta años, si no podría ser enunciado nuevamente con el mismo énfasis y abonado con cien razones nuevas, ahora, con la universidad en manos de quienes se dicen reformistas y se llenan la boca con su propia calificación.

"Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aún— el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara". ¿No siguen siendo válidas estas palabras desde 1918 hasta nuestros días?

Y, caso curioso, recorriendo los jóvenes

claustros de una universidad católica, regida por un fiel discípulo del organizado caballero Iñigo, encontramos una vivencia de palabras queridas y postuladas por el manifiesto reformista: "La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando; enseñando. Si no existe una vinculación entre el que enseña y aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda educación es una larga obra de amor a los que aprenden". Hay amor en esos profesores que, sin retribución pecuniaria, se han impuesto la obligación de enseñar a uno, dos, no importa el número de alumnos. Sus vocaciones no necesitan de aulas atestadas sino de atenciones, concientemente prestadas. Hay amor en toda esa gente que se mueve alrededor de la Universidad Católica prestando su concurso con idéntico entusiasmo para las cosas ínfimas que para las fundamentales. Sin duda que los adversarios de la enseñanza libre podemos argüir que es fácil hacer todo eso con los millones del Vaticano como respaldo, pero también hay palabras en el citado manifiesto que deben llamarnos a reflexión: "Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales", y aquel deleznable argumento debe ser rechazado como todos los similares para poder enunciar con altura cuáles son las fuerzas espirituales que a nosotros nos animan, porque las de los católicos las conocemos, y las nuestras están diluidas en enfáticas declaraciones y negadas en una realidad que nos golpea los ojos.

"Hay dos maneras de crear una Universidad", nos dice E. Braun Menéndez en el Nº 3 de "Ciencia e Investigación", y como una advertencia para quienes constituyen universidades libres, y explica: "Una, la natural, la derecha, la lógica, la verdadera, la única auténtica; y la otra la artificial, la teórica, la sofística, la falsa, la invertida. Consideremos la primera: Sócrates era en esencia una Universidad en sus comienzos como lo fué el Jardín de Academos: un hombre que crea y que enseña; he aquí el fundamento y la razón de ser de una Universidad. Varios hombres o varios grupos de hombres con los medios necesarios para investigar, para formar discípulos y para enseñar a jóvenes deseosos de aprender, eso es una Universidad; y para crearla hay que encontrar a aquellos profesores, darles los

recursos materiales necesarios y proporcionarles el ambiente espiritual adecuado para que puedan trabajar y ejercer su noble, difícil y humilde misión de educar a la juventud estudiosa. "La conjunción de estos grupos de hombres alrededor de un Maestro (lo que habitualmente se llama Instituto o Departamento) podrá permitir en un momento dado impartir la enseñanza de una profesión constituyendo una o varias facultades. Y así tendremos una Universidad.

"Crear una Universidad invertida es mucho más fácil. Basta un decreto que diga: "Créase la Universidad de la Antártida o del Mar, o de Los Andes, o la Universidad Católica, que tendrá una Facultad de Ciencias, una Facultad de Medicina, una de Derecho. La Universidad se instalará en los edificios tales o cuales y se regirá por el siguiente estatuto". Después se nombran profesores y se le asignan las cátedras y ya está. Los profesores nombrados dirigirán luego los destinos de la flamante Universidad la cual se consolidará así cada vez peor".

La Universidad Católica de Córdoba, ha salvado el error que hubiera implicado la

segunda y artificial manera de crear una universidad apuntada por el profesional católico estado, porque se ha iniciado por los cimientos, y sin lugar a dudas, habrá de llenar esa noble función de crear y de enseñar.

Tendremos, entonces, quienes nos hemos manifestado en contra de la enseñanza libre, que recapitular, revisar nuestra posición, no encasillarnos en un dogmatismo que pretendemos combatir y despojar el problema de aquella hojarasca interesada que puede encubrir otras intenciones que no sean las de lograr una universidad auténticamente argentina y popular, al servicio de la humanidad. Nuestros argumentos no pueden de ninguna manera ceñirse a conceptos prefabricados sino a la realidad concreta que vivimos. Y esta realidad de la Universidad Católica de Córdoba a la que honestamente, sólo podemos oponer elogios, debe estimularnos para proponer una superación y no una lucha infructuosa, estéril y negativa.

J. L. O.

Huyendo de los Rojos

Por ISIDRO GRIFUL



* UN RELATO QUE TIENE TODO EL INTERES DE LA NOVELA Y ESTRICTAMENTE HISTORICO

* COMIENZE A LEERLO Y NO LO DEJARA DE LA MANO HASTA TERMINARLO

\$ 30.—

1 vol. de 160 páginas

R. A. D. E. - Tucumán 1766